

¿UN ENCUENTRO MAGICO?

Alfredo. - Se acercó a la foto de su difunta esposa le envió un sonoro beso, se agachó para despedirse de su mascota, un salchicha o palitroque como le decía por lo flaco, ¿Era una rutina que venía repitiendo desde hace cuánto? ¿Un mes? ¿Un año? No lo recordaba, pues desde el fallecimiento de María Esther, sentía que estaba en un limbo, congelado en el tiempo, y todo lo que hacía era mecánico. Llamó al ascensor. Llegó al lobby, los conserjes lo saludaron y como siempre, le desearon un muy buen día, el no respondió. Reconocía que su personalidad había cambiado, ahora era de constante malgenio, rezongón y hasta mal educado y por ello se escapaba todas las mañanas a caminar y trotar por la orilla del camino costero, donde por lo general había poca gente y la mayoría de ellos casi no se fijaba en este viejo. Los recuerdos fluían a su mente, voces y tiempos en que paseaba por esos lugares tomados de la mano de María Esther. Las lágrimas asomaban a sus ojos y a veces se inclinaba peligrosamente sobre el borde pensando en la forma de llegar rápidamente adonde estaba ella. Pero últimamente retrocedía en forma rápida, no era la cobardía, sino algo en su interior que aún no lograba identificar, lo instaba a retomar su caminata, y eso le estaba sucediendo desde hace varios días. Enfiló sus piernas hacia el lado Norte, pero, a menos de dos minutos, decidió cambiar y retroceder hacia el lado sur, así no le molestaría el sol que estaba ya iluminando las playas y rocas.

Mariana.- Coqueta como es, se mira al espejo, mueve sus pestañas y observa sus ojos color agua, ¿o son verdes? De todos modos, los oculta bajo sus lentes de sol. Uff suspira, hace casi diez años o tal vez más, no quiere recordar, que decidió poner fin y vetar toda relación con el sexo opuesto, luego de su divorcio, pero tiene hijos maravillosos y nietos que le alegran la vida,

aunque hay veces en que quisiera tener alguien a su lado. Llega al lobby y el conserje la saluda muy amistosamente, ella apenas le corresponde con una inclinación de cabeza y sale. Y enfila hacia el lado sur. De pronto, suspende sus pasos, ha sentido un escalofrío, *¿será que me estoy resfriando? Mejor voy hacia el otro lado, pues el sol ya se está levantando por el norte.*

Alfredo.- Hoy no quiere trotar, se siente cansado, anoche no pudo conciliar mucho su sueño y despertó muy de madrugada, sobresaltado con el pensamiento de que “algo” le iba a suceder, como si María Esther estuviera remeciéndolo. *A lo mejor me viene a buscar, y eso sí que lo quisiera, esta vida solitaria ya no la soporto.*

Mariana.- Hoy quiere trotar, necesita consumir energía, y con ganas de que suceda algo que la haga salir de su enclaustramiento, ¿que qué será? No lo puede definir, pero hoy se ha levantado nuevamente con sensaciones extrañas. ¿Será la soledad? Ha estado encerrada en el trabajo y su familia y amigos cercanos. Y hoy se siente extraña, con escalofríos que recorren su cuerpo.

¿Accidente o magia?.- Alfredo comenzó a caminar con paso firme, sintiendo la brisa del mar y su aroma el cual siempre le había agradado. Mientras avanzaba, miraba las olas como chocaban en las rocas, cuando de pronto un grito lo saca de su ensimismamiento. Mira adelante y ve a alguien de rodillas en el suelo casi frente a él. Se inclina y se ve enfrentado con dos hermosos ojos color agua. Se paraliza, no puede articular palabra, se ha quedado mudo. Reacciona cuando “ella”, porque era “ella” quien se había caído, le dice también titubeante: *“por favor, ayúdeme a levantarme”*. Mariana, que no era otra la que había tropezado, entre el dolor que sentía en su rodilla y la vergüenza de caerse frente a un desconocido, percibe una

mano que se tiende hacia ella. Ella, instintivamente, estira su mano y toma la de su samaritano, y entonces siente algo muy parecido a un choque eléctrico que recorre todo su cuerpo, y la retira defensivamente en forma rápida. Mira hacia arriba y se encuentra con una sonrisa de un desconocido, que le dice: *“no tema, déjeme ayudarla”*. Alfredo no sabe de dónde sacó fuerzas para articular las palabras, seguía casi engeguecido por esos ojos. La ayudó a incorporarse. Rápidamente sacó de su bolsillo unos pañuelos desechables y sin decir nada más, se hincó y tomó la pierna de “ella”, y apoyó delicadamente su pie sobre su rodilla y comenzó a tratar de curar esa herida. No subió la mirada, temía, la verdad, perder la compostura. Que, ¿qué le sucedía? No podía definirlo, pero no se había sentido así frente a una persona desde, desde, no recordaba cuándo. Mariana volvió a sentir ese escalofrío eléctrico, no sentía dolor alguno en la herida la cual era suavemente limpiada por él. Qué, ¿qué le sucedía a ella tan ajena a estas situaciones? Se sentía como indefensa, pero a la vez con confianza frente a este hombre que había tenido tan buena voluntad para ayudarla, pero, había algo extraño, lo presentía, esas especies de choques eléctricos. Alfredo, haciendo un esfuerzo emocional, bajó suavemente la pierna de ella y la hizo apoyar su pie en el suelo y le preguntó: *“te duele? –” no, y gracias por ayudarme*” le dijo ella, pero al tratar de caminar se tambaleó y él, rápidamente la tomó de un brazo y la sujetó. *“No estás en condiciones de caminar sola, yo te llevaré. ¿Dónde vives?” – “Aquí cerca, en ese edificio que allí asoma”* le manifestó ella. *“Afirmate de mi brazo, te llevo”* y empezaron a caminar. Ella sentía los músculos del desconocido, los que no eran de un atleta, pero si de una persona mayor, dedujo, tal vez mayor que yo, se dijo. El, a su vez sentía el calor de la piel de ella sobre su brazo, y percibía sensaciones extrañas, como si ella fuera una persona que conociera por mucho tiempo. *“Deberé de decirle algo?”*, pensó. Carraspeó un

poco, *“Disculpa, le dije, no debes caminar del brazo de un desconocido, me llamo Alfredo y vivo cerca de tu casa”* – y esa fue una frase larguísima que le hizo transpirar. *“Gracias, Alfredo, me llamo Mariana”* – Sentía como su cara y cuerpo se ponía rojo y evitó mirarlo a los ojos. Continuaron en silencio. Alfredo sentía nuevamente ese rubor, carraspeó, y se animó a decir: *“Mariana, que bonito nombre”* y...nada más, se cortó no pudo continuar, se sentía ridículo. Y luego escuchó: *“Alfredo también me parece un bonito nombre”* y luego silencio. Qué ridículo, pensó Alfredo, un viejo como yo, viudo y desencantado de la vida, creyendo que podría flirtear con alguien con esos inmensos ojos. A su vez Mariana se decía “de seguro me dejará en mi departamento y no volveré a verlo ni saber de él. Pero ha sido una bonita anécdota se dijo. Llegaron. Se soltó rápidamente del brazo de Alfredo, y en un acto inusual para ella, se alzó y le dio un beso en la mejilla susurrando un gracias y casi corrió a la puerta del edificio. Pero, se vio impedida por un brazo que la sujetaba y escuchó: *“Podrías darme tu celular para saber cómo sigues?* Era una pregunta, pero a ella le pareció como una imposición que debía de cumplir y recitó su número. Alfredo tomó nota en su propio celular, y sin decir palabra alguna, ambos, sonrojados, dieron media vuelta y se alejaron.

Media hora adelante... Alfredo caminó rápidamente, quería llegar a su departamento cuanto antes, quería poner en orden sus pensamientos y detener los latidos acelerados de su corazón. Entró, su perro se le lanzó encima, lo detuvo con un ademán y se sentó en su sillón preferido. Él no era así, si bien se emocionaba, no le sucedía como ahora en que estaba aún como temblando, con su corazón aceleradísimo y un sinfín de emociones que fluían como cuando...sí, como cuando estaba enamorado de su mujer. Pero eso no puede ser, no puede, ¡no puede! ¡No puedo estar interesado en una desconocida, bueno ahora con nombre de

Mariana, yo, además un viejo de 75 años! Mariana subió a su departamento, Romano saltó encima, lo apartó y se sentó en su sillón preferido. Sentía su corazón acelerado. ¿Qué le estaba pasando? A ella que todo lo tiene planificado y ordenado. Ese desconocido, bueno ahora tenía nombre, Alfredo, parece simpático se dijo. ¿Cómo he pensado eso? Si a mí ya no me interesa tener relación con el sexo opuesto. Aunque, sería agradable que me llamara, al menos podría agradecerle nuevamente su ayuda, fue gentil y caballero no lo puedo negar, además, ¡es casi tan viejo o más que yo! ¿Irá a llamar? Alfredo volvió a revisar lo sucedido, ella, ahora con nombre de Mariana, se había caído y él la había ayudado, le había pedido su celular y tenía ya su número. ¿Debería de llamarla, ya, ahora? Y, ¿qué le diría? En un impulso tomó su celular y la llamó. Alcanzó a sonar dos veces y escuchó la voz que buscaba, comenzó su temblor, su rubor se extendió por todo el cuerpo, sus labios tiritaron, carraspeó... Mariana más que escuchar, adivinó el sonido de su celular y se abalanzó con riesgo de caer del sillón, empezó a ponerse colorada antes de hablar siquiera, y con su voz algo ronca por la emoción, dijo: *hola...* Alfredo, volvió a carraspear y dijo: *hola, Mariana, ¿cómo estás?* Y a continuación como si estuviera leyendo un guion y casi sin respirar, le dijo: “*¿te gustaría tomar un café conmigo, esta tarde a las 16.00 en el Starbuck de acá cerca?* Uf, logró respirar, expirando un suspiro largo. Ya, estaba hecho, se había lanzado a la piscina. Mariana, solo atinó a decir: *Hola Alfredo, sí claro, me gustaría. ¿Nos juntamos allá?* – “*Sí, a las 16.00 te espero*” y sintió que él colgaba. ¡Qué atrevimiento! ¿De él o mío? Dios mío, le dije que sí, ¿es una cita? ¿qué voy a hacer? ¿Qué me voy a poner? Si apenas lo conozco. Sus nervios empezaron a consumirla. Tomó su celular y llamó a su prima contándole la situación. La prima le dijo rápidamente: *tonta, anda, aprovecha, ¡y si no te agrada al menos habrás tomado un café gratis! Jajajajaja!*

Tres horas más tarde...Alfredo llegó 30 minutos antes, no podía permitirse llegar tarde, sentía un revoltijo de estómago, necesitaba calmarse, pero no podía. ¿Ella, se acordaría de él? Mariana llegó justo a la hora. ¿Habría sido una broma? Ambos se divisaron, avanzaron y Alfredo, atrevido, le dio un suave beso en la mejilla, aunque solo fue un roce que hizo que Mariana, temblara. *¿Tienes frío?* le dijo Alfredo, *no, solo que me hizo cosquillas tu barba.*

Cuatro horas más...Alfredo y Mariana aún continuaban en el café. Los mozos revoloteaban a su alrededor, pero ellos totalmente ajenos, seguían hablando de sus vidas, de sus inquietudes, como si se hubieran conocido durante muchos años. Encontraron una serie de coincidencias que aumentaron su interés mutuo, Y así, entre risas y particularidades, fue pasando el tiempo...como si fueran viejos conocidos reencontrándose frente a una taza de café ya consumido hace horas.

Veinte años después...Mariana tiene tomado de la mano a Alfredo. Están en su dormitorio. Alfredo respira entrecortado. Mariana lo mira con sus ojos, ya no tan brillantes como antes, pero igual de hermosos, con lágrimas deslizándose entre ellos y le dice que no se agite, que lo ama desde el primer día y que juntos seguirán de la mano hasta el infinito. Le dice que ese día del café en el Starbuck, cuando él pasó a rozar su mano, sintió un escalofrío tan intenso y un golpeteo de su corazón, que le hizo renacer nuevamente el amor. Lo sintió. Y que cuando, días después, él le preguntó si podía darle un beso, ella antes de que terminara de hablar ya había abierto sus labios para él. Alfredo le sonrió, apretó su mano entrelazada con la de ella y expiró. Mariana secó sus lágrimas, se acostó al lado de su amado le besó en la frente y repitió, nos vemos en el infinito mi amor...y expiró.